

Cornelia
Funke

Una
Pandilla
Genial



Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Alonso

Siruela

Biblioteca Funke Ediciones Siruela

A mis padres



Hacía un día maravilloso. Caluroso y agradable como el plumaje de las gallinas. Pero, por desgracia, era lunes y el gigantesco reloj de la entrada del colegio marcaba ya las ocho y cuarto cuando Sardine llegó corriendo al patio.

—¡Jolín! —exclamó.

Llevó la bici hasta el aparcamiento oxidado y de un tirón cogió la mochila del portapaquetes. Luego subió las escaleras como un rayo y cruzó corriendo el rellano, ahora vacío.

A punto estuvo de atropellar por las escaleras al señor Mausmann, el conserje.

—¡Cuidadín! —Al gritar se atragantó con el bocadillo de queso.

—Perdón —murmuró Sardine, continuando la carrera.

Todavía tuvo que recorrer dos pasillos más antes de llegar, casi sin respiración, a la puerta de su clase. Dentro no se oía ni una mosca. Como siempre con la señorita Rose. Sardine volvió a coger aire, llamó a la puerta y la abrió.

—Con permiso, señorita Rose —dijo—. He tenido que dar de comer a las gallinas.

Steve, el gordito, la miraba embobado. La hermosa Melanie levantó las cejas. Y el tonto de Fred empezó a agitar los brazos y a cacarear. Muy gracioso.



—Vaya, esa sí que es una excusa original —dijo la señorita Rose, frunció sus labios pintados de rojo e hizo una cruz en su cuaderno.

Sardine se dirigió cabizbaja a su sitio, le sacó la lengua a Fred y se sentó al lado de Frida, su mejor amiga.

—Tienes paja en el pelo —le dijo Frida en voz baja—. ¿Por qué tenías que dar de comer a las gallinas? ¿Está enferma la abuela Slättberg?

Sardine negó con la cabeza y bostezó.

—Se ha ido a ver a su hermana y para darles de comer tengo que levantarme una hora antes. ¡Una hora! ¿Te imaginas?

—Basta ya de cuchicheos por ahí atrás —dijo la señorita Rose.

Luego se puso a escribir números incomprensibles en la pizarra. Frida y Sardine bajaron tanto la cabeza, que casi metieron la nariz en los libros.

—Se me ha ocurrido una idea —susurró Sardine.

—¿Ah, sí? —Frida levantó la vista del libro preocupada. Las ideas de Sardine eran peores que la varicela y lo peor es que siempre estaba tramando algo nuevo.

—Escribe una nota a Melanie y a Trude —le dijo a Frida en voz baja—. En el próximo descanso, reunión secreta en el baño.

Trude y la hermosa Melanie se sentaban juntas, tres filas más adelante, y en aquel momento atendían a la pizarra muy atentas.

—¡Oh, no! —se quejó Frida—. No vayas a empezar otra vez con tus historias de pandillas.

—¡Tú escribe! —musitó Sardine.

Frida dominaba a la perfección la escritura secreta del grupo. Algo que no podía decirse de Sardine, a pesar de



haber sido ella la inventora. Pero no es de extrañar, pues ni siquiera sabía si colegio se escribía con «g» o con «j».

—Que alguien salga a la pizarra, por favor —dijo la señorita Rose. Frida escondió la cabeza y Sardine clavó la mirada en el libro de matemáticas.

—¿No hay voluntarios?

—¿Cuál es la contraseña? —preguntó Frida en voz baja, mientras arrancaba una hoja del cuaderno.

Sardine dibujó un garabato en la mesa. Frida hizo una mueca.

—Pero ¿qué es eso?

—Pues una gallina —le espetó Sardine, enfadada—. ¿A que es una contraseña genial? Date prisa.

La señorita Rose volvió a lanzarles una mirada.

—¡Fred quiere salir a la pizarra! —exclamó Sardine en voz alta, a la vez que borraba con el dedo la extraña gallina.

—Ja, ja. —Fred se hundió en su asiento.

—Ya está —susurró Frida. Dobló cuidadosamente la nota y se la pasó a Sardine.

—Geraldine, sal a la pizarra, por favor —dijo la señorita Rose.

—Oh, no. Por favor, no es justo —protestó Sardine—. De verdad que no, señorita Rose.

—Geraldine, a la pizarra. —La señorita Rose levantó las cejas. Era lo que hacía siempre que se enfadaba.

Sardine se levantó, cogió el papel y lo dejó caer en las piernas de la hermosa Melanie al pasar, pero las gafas redondas de la señorita Rose ocultaban unos ojos de águila.

—Melanie, ¿quieres darme, por favor, la nota que te acaban de dar? —dijo con voz meliflua.

La hermosa Melanie se puso roja como un tomate y sacó el mensaje secreto sin oponer ninguna resistencia.



—*Nóinuer doñablene esacihce osnacsedlen esartnoc anillagan* —leyó en voz alta la señorita Rose—. Pero ¿qué es esto?

—Es la estúpida escritura secreta de Sardine —reveló Fred. La sonrisa de satisfacción le llegó hasta las orejas, que a punto estuvieron de caérsele.

Sardine cogió un trozo de tiza, apretó los labios y miró fijamente a la pizarra.

—Está bien, si se trata de un secreto —dijo la señorita Rose, que dobló de nuevo la nota de Sardine y se la devolvió a Melanie en la mano—, entonces debe seguir siéndolo. Geraldine, por favor, empieza a hacer el cálculo.

El resto de la clase fue bastante desagradable para Sardine. Por su parte Fred también se rompió la cabeza, tratando de descifrar lo de *nóinuer doñablene esacihce*, etcétera.

—¡Vaya sitio más tonto para reunirse! —dijo Melanie. Las tres se apretaban en uno de los retretes. Frida había sido la más afortunada y había podido sentarse en la tapa del váter.

—Este es el único sitio en el que la pandilla de Fred no podrá espiarnos —dijo Sardine.

—¡Espíarnos! ¿Qué va a espiar? —preguntó Melanie en tono burlón mientras jugaba con sus rizos—. Apuesto lo que quieras a que los chicos tienen cosas mejores que hacer.

—¿Eso crees?

Alguien llamó a la puerta y susurró:

—¡Gallina! ¡Gallina!

Sardine abrió la puerta y Trude también se apretujó. Ya no se podían mover.



—Lo siento —dijo Trude apurada—. Es que tenía que ir al baño. Al baño de verdad, quiero decir. —Se puso roja—. Bueno, ¿entonces qué pasa?

—A Sardine se le ha ocurrido una idea —dijo Frida.

Melanie se metió un chicle entre sus dientes tan blancos como la nieve.

—Bueno, si es como la última, ¡apaga y vámonos!

—Entonces, ¿se puede saber qué haces aquí, si tanto te saca de quicio nuestra pandilla? —gruñó Sardine.

Melanie levantó la vista hacia el techo.

—Venga, vamos, a ver cuál es esa idea. —Con una sonrisa burlona le dio un codazo a Trude—. A lo mejor quiere volver a prepararnos una de esas pócimas mágicas que luego hacen que tengamos la cara verde durante días.

Sardine le respondió con una mirada gélida.

—Eh, venga, ¿podemos ir ahora directas al grano? —preguntó Frida, poniéndose de pie sobre la tapa del váter y abriendo la ventana.

—Vale. —Sardine se frotó la nariz. Solía hacerlo siempre que estaba enfadada o avergonzada—. Mi abuela estará una semana con su hermana dinosaurio y mientras yo me encargaré de la casa y de las gallinas. Bueno, he pensado que mi casa sería un cuartel genial y que, si esta semana nos reunimos más a menudo... —se miró los pies—, nos convertiríamos en una pandilla de verdad.

—A mí me parece genial —dijo Trude mirando de reojo a Melanie. No solía estar nunca de acuerdo si Melanie no había dado primero su visto bueno, pero a Melanie no parecía entusiasmarle la idea.

—¿Qué quiere decir eso de que nos reunamos más a menudo?

—Bueno, pues casi todos los días.



Frida negó con la cabeza.

—Yo no sé si voy a poder, ya sabéis, por mi hermano pequeño...

—Siempre tu hermano —dijo Sardine en tono de reproche—. Tu hermano mayor también podría quedarse con él de vez en cuando.

—Claro, mira qué fácil —protestó Frida.

Sardine no tenía hermanos. Su madre conducía un taxi y casi nunca estaba en casa. Y su padre..., bueno, no estaba y mejor no hablar de él.

—¿Y qué vamos a hacer tanto tiempo juntas? —preguntó Melanie.

Fuera sonó el timbre para volver a clase.

—¿Acaso tienes planes más emocionantes? —preguntó Sardine enfadada—. Mira, yo, de todas formas, tengo que estar en casa cuando no tengo que trabajar como una loca en casa de mi abuela. Frida no tiene nada mejor que hacer que cuidar a su hermano pequeño a todas horas. Y Trude, con el grupo de ahora, tampoco es que corra grandes aventuras, ¿a que no?

Trude sonrió avergonzada y bajó la mirada hacia los sucios azulejos bajo sus pies.

—Yo hago ballet —respondió Melanie en un tono presumido—. Y también tengo clase de guitarra.

—Oh, eso suena muy emocionante —se burló Sardine—. Y claro, no puedes perderte ni una clase.

—¡Claro que puedo! —Melanie entornó los ojos enabiada—. Pero, luego, ¿qué?

—Bueno, ¡eso ya lo veremos! —contestó Sardine—. Las aventuras no se pueden planear como el ballet y ese tipo de cosas. Están ahí, a la vuelta de la esquina, y de repente, ¡plaf!, aparecen.



Las otras tres se miraron.

De repente, un montón de imágenes de tesoros, caballeros y piratas pasaban por sus cabezas. Sardine lo había conseguido.

Trude miró a Melanie con una tímida sonrisa.

—A mí me gustaría probarlo —dijo.

Melanie se encogió de hombros.

—Vale. Una semana. Luego ya veremos.

Trude se mostró aliviada.

—Yo me apunto —dijo Frida—. Pero a lo mejor tengo que traer a mi hermano alguna vez.

—Pues ya está. —Sardine respiró hondo—. Entonces nos vemos esta tarde. A las tres. ¿Vale?

—Por mí, sí —dijo Melanie—. Pero yo no me pongo esa camiseta azul tan fea de la pandilla que nos poníamos otras veces. Estoy horrible con ella.

—Pero debemos tener algo igual para todas —replicó Sardine molesta—. Y te aseguro que no voy a ponerme ningún vestido con volantes para que tú estés guapa.

—Es que la ropa como distintivo ya aburre un poco —dijo Frida—. ¿Qué os parecería un tatuaje o algo así?

A Trude le cambió la cara.

—Bueno, era solo un ejemplo —dijo Frida.

—A lo mejor a alguna se le ocurre algo genial —dijo Sardine—. Así que, a las tres. Y que no se os olvide la contraseña.

—¡Galliiiiina! —dijo Melanie poniendo los ojos en blanco—. Pero ¿alguien me puede explicar por qué hay que discutir esto en el baño?

